

pilación y Prólogo de J. G. Cobo Borda, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, 454 páginas

Considerado como uno de los ejemplos literarios y periodísticos más fulgurantes de nuestro siglo, Germán Arciniegas nos ha ofrecido siempre una visión enriquecedora y matizada de América. Nacido en Bogotá en 1900 el autor de *Biografía del Caribe* ha publicado hasta ahora más de medio centenar de libros, en los que pone de relieve a nivel internacional, primero el nombre de Colombia y el de América, desde Canadá hasta la Patagonia. Asimismo ha sido un impulsor de la interacción entre Europa y América, abriendo polémicos diálogos, enfatizando siempre lo que América aportó al mundo occidental.

En la presente edición, Juan Gustavo Cobo, su biógrafo y compilador, selecciona un interesante material que incluye artículos sobre Arciniegas, de autores colombianos como Hernando Téllez, Pedro Gómez Valderrama y Eduardo Caballero Calderón, entre otros; de extranjeros, como José Vasconcelos, Luis Alberto Sánchez, Guillermo de Torre, Enrique Anderson Imbert y Harry Levin, entre otros.

Entre los autores seleccionados se completa la imagen de un notable escritor, objeto de simpatías y de rechazos. Esto último es curioso, afirma Cobo Borda —refiriéndose a Arciniegas—, pues hay en torno suyo una palpable incomodidad: la de quien no resulta fácil de clasificar. ¿Periodista o historiador? Tal vez no tenga sentido formularse esta pregunta porque Arciniegas es antes que nada uno de los más agudos ensayistas latinoamericanos.

Les figures de l'autre. Varios. Toulouse, Edition de Michèle Ramond, Presses Universitaires du Mirail, Collection Hépérides, 1991, 206 páginas

El otro, ese ser mental que desde hace aproximadamente cincuenta años el psicoanálisis ha redescubierto, analizado y problematizado, es objeto de reflexión por parte de destacados escritores y críticos literarios. ¿Quién es ese otro?, se pregunta Michèle Ramond en la introducción de este trabajo. Es aquel que se engalana y mira con desprecio al que se refleja en el espejo: ese otro inferior, apocado y relegado.

El libro abre el tema con un texto de Roa Bastos, «La escritura secreta de las tachaduras» donde el autor paraguayo rinde homenaje a quienes hicieron posible esa invención primera de la inteligencia, en función expresiva: «la escritura que dotó de memoria a la palabra hablada, dio refugio a la memoria del mundo y nos permite conocer qué cosa es la esperanza (...)».

Asimismo incluye, entre otros, un artículo en torno al *Quijote* de Avellaneda, donde se aborda el tema del enfrentamiento de Don Quijote con su doble, un caso en el que la literatura constituye la exacta proyección de las estructuras del imaginario. De Borges se comenta un texto, «El enigma de Edward Fitzgerald» donde se muestra la extraña cohabitación de dos hombres a primera vista muy diferentes, un persa del siglo XI dedicado a las ciencias y a las matemáticas, y un melancólico lector inglés del siglo XIX entregado a la literatura.

Erótica y poética del siglo XX. Jorge Zalamea. Edición de Carlos Vásquez Zawaszki, Cali, Centro Editorial Universidad del Valle, 1992, 208 páginas

Los textos incluidos en este volumen son conferencias sobre las relaciones entre poesía y eros, religión, política, cotidianidad y circunstancias, que Jorge Zalamea dictó a los profesores de la Universidad del Valle en 1969.

Jorge Zalamea (Bogotá, 1905-1969), poeta, periodista, ensayista, dramaturgo, diplomático y Premio Lenin de la Paz en 1968, es quizá quien mejor encarna la visión universal de la cultura entre los intelectuales colombianos de su época, precisamente porque ésta es consecuencia de su sensibilidad frente a la realidad social de su medio.

Traductor de Saint-John Perse, Zalamea formó a una generación de escritores y poetas colombianos que rompieron con la tradición. *El sueño de las escalinatas*, la más conocida de sus obras, constituye una infinita retórica que remite a las literaturas de todos los tiempos, clásicas y modernas. En esta conferencia viaja a través de los principales textos creadores y temas poéticos de la modernidad: T. S. Eliot, R. Desnos, S. J. Perse, F. García Lorca, P. Neruda, B. Pasternak y A. Mutis.

Consuelo Triviño

Los libros en Europa

Vladimir Nabókov: los años rusos. Brian Boyd. Traducción de Jordi Beltrán, Anagrama, Barcelona, 1993, 593 páginas

He aquí el primer volumen de una monumental biografía de Nabókov, el que abarca los años que van desde el nacimiento (1899) hasta el final del exilio francés (1940), después de estancias en Alemania e Inglaterra, posteriores a la revolución rusa. Asistimos, pues, a la educación sentimental del escritor (matrimonio incluido) y los comienzos de su carrera. Asistimos, además —y esto es lo que importa— a la formación de su carácter, o sea a la identificación de su destino.

Un hombre criado en las tradiciones liberales de un país atrasado y oscuro (la Rusia de finales del zarismo) ve cancelado su lugar de origen, es decir su geografía natal y su nivel social. Hijo de un importante político liberal y reformista, Nabókov vive en un medio palaciego, refinado y hedónico. El exilio lo lanza al mundo del trabajo, la modestia y, a veces, la miseria. El ruso es una lengua que le sirve a medias, y debe convertirse en un escritor inglés (más precisamente, en su tiempo, norteamericano) y francés. Lo que surge de esta forja de exilios y traducciones es un acendrado individualismo, porque el individuo es el antídoto eficaz contra la locura que amenaza a ese constante extrañamiento nacido de la desaparición de la Rusia originaria.

Se forma, también, el peculiar sentido nabokoviano de la libertad. Su imagen del hombre es la de un animal

determinado, que sólo puede vivir una vida, constreñida por las circunstancias de su tiempo y su lugar. La única manera de liberarse es el arte, ese espacio donde se ganan indeterminación e imprevisibilidad. El hombre es libre porque tiene facultades estéticas y así este mundo del tiempo lineal deja de ser único y necesario, para convertirse en múltiple y posible.

Boyd ha hecho un rastreo exhaustivo (por momentos, abrumador) del día-a-día nabokoviano. Ha de encomiarse su pulcritud paciente y documentadísima, pero, sobre todo, lo mejor de su texto como biografía, o sea como relato: el constante estudio paralelo de la anécdota vital y la obra, de modo que se compruebe el principio de Nabókov: buscar en el arte la libertad a partir de la historia.

El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual. Peter Brown. Traducción de Antonio Juan Desmonst, Muchnik, Barcelona, 1993, 672 páginas

Brown, a quien los lectores en español pueden ya juzgar por su biografía de San Agustín, su libro sobre la antigüedad tardía y su colaboración en la historia de la vida privada que organizaron Ariès y Duby, nos muestra, ahora, su trabajo de mayor enjundia, donde estudia la formación de la moral sexual y el celibato eclesiástico en los primeros cinco siglos de la Iglesia. Más tarde, estas teorías serán la base de la ortodoxia en la materia.

Más que articular una sexofobia, el cristianismo primitivo intentó buscar los caminos de una vida sexual morigerada y ordenada, o sea sometida a normas. El sexo, entendido como espacio del placer, llevaba al azar, la arbitrariedad y la locura. Sexo exagerado era exageración corporal, o sea afirmación de lo efímero y mortal. En cambio, encauzada a las miras de la supremacía espiritual y la vida eterna, la sexualidad podía convertirse en un instrumento idóneo para la elevación moral humana.

Las fuentes exploradas por Brown son nutridas y complejas. Abarcan, sobre todo, textos de los Padres de la Iglesia, pero también lecturas de la Escritura, normas legales del Imperio Romano, documentos particulares, obras literarias, filosofía no solamente cristiana, tradiciones, etc. El cristianismo debió hacerse cargo de la

tradicón judía, mas asimismo de mundos filosóficos afines o cercanos: Platón, los estoicos, Plotino, el ascetismo oriental. El entrecruzamiento de todas estas fuentes con la conversión institucional de la Iglesia (dogma, monacato, obispados, papado, sacerdocio, seglaría, etc.) se alza sobre un fondo político revuelto: la decadencia y destrucción del domino romano en África. Fue allí, en efecto, en el norte del continente negro, donde se dieron las más intensas discusiones teológicas, morales y estructurales de la naciente Iglesia.

El libro de Brown, aparte de sorprendernos por su maciza información, es amenísimo de leer y sugerente para la reflexión acerca de una de las más misteriosas y ricas facultades del ser humano.

Infancia y corrupciones. Antonio Martínez Sarrión. Alfabeta, Madrid, 1993, 328 páginas

Después de unas cuantas décadas de poesía, traducción y crítica, Martínez Sarrión encara la redacción de sus memorias. Y le ocurre lo que a cualquiera: al ir a su propio encuentro en el pasado, halla a un extraño. Un chico de la posguerra consolidada, todavía autárquica, sorda y sórdida, cutre y escasa del Albacete en los cincuenta.

Con parsimonia notarial, el escritor intenta reconstruir aquellos años, aquellas instituciones, sobre todo las escolares, el primer e iniciático viaje a Madrid. Todo se desliza hacia ninguna parte. Hay una excepción, no obstante: la letra impresa. Los libros que aprendió a leer siguen siendo los libros que lee, como si ese lugar tuviera cierta indemnidad ante las usuras del tiempo y las incertidumbres de la historia. La vocación del escritor se va formando y es el elemento del pasado que se libera de sus ataduras y sale disparado hacia el futuro.

La España que evoca Sarrión ha perdido ya su patetismo de sangre fresca y se ha convertido en un polvoriento trastero de olvidos y costumbres. Una luz mágica brilla del «otro lado» y acaba imponiéndose. La luz de los filmes en las penumbras de los cines, la luz que surge de un libro abierto, de la blancura engañosa de sus páginas atravesadas por caravanas de signos.

Estas memorias no son una confesión, tampoco una justificación. Componen, más bien, el autoexamen de una

época, vivida desde un ángulo de ese país que habitaba un anacrónico rincón de Europa. No están hechas de nostalgia ni de complacencia, sino que apuntan a la pregunta sobre la identidad que surge cada vez que un hombre cuenta a los demás esa historia que él cree su propia vida.

Isaiah Berlin en diálogo con Ramin Jahanbegloo. Traducción de Marcelo Cohen, Anaya-Muchnik, Madrid, 1993, 284 páginas

Nada mejor para un libro de conversaciones que el entrevistador sea un experto en la obra del entrevistado. Este requisito se cumple con creces en el caso, tanto que asistimos a un verdadero diálogo entre Berlin y su *alter ego*, es decir su lector privilegiado. Y también a la escena privilegiada complementaria: el escritor se entrevista consigo mismo a través de un lector especialmente calificado.

Berlin nos cuenta su vida: nacimiento en Riga, en 1905, infancia y adolescencia en Rusia, emigración en 1919, formación en Inglaterra, obra académica e investigadora, encuentros con personajes del mundo intelectual y político. Entretejidas con estas evocaciones, aparecen los razonamientos a dos voces que repasan la obra berliniana. No falta alguna definición de especial agudeza. Vaya ésta, de ejemplo: «La filosofía consiste en el intento de moverse hacia la resolución de problemas allí donde *prima facie* parece no existir técnica obvia para hallar respuestas» (pág. 49). Es decir: el saber filosófico inventa su procedimiento a la vez que lo pone en práctica, en una cerrada integración dialéctica entre teoría y práctica que ahuyenta los peligros del teoricismo y del empirismo.

Berlin es un historiador que desconfía de la historia y se apasiona por ella. Desconfía de las certezas de las ideas pero se interesa por la encarnación de las ideas en creencias, porque este «verbo hecho carne» es la historia y es un aspecto prerrogativo de la condición humana. Berlin es un racionalista que defiende y critica la razón, sobre todo cuando intenta diseñar una imagen única, universal y constante de la verdad en el mundo humano. El hombre intenta verificarse pero por distintos caminos. Su realidad no es absoluta ni relativa: es plural.

La historia es, para los animales humanos, necesaria pero no inevitable. Por esto es posible mantener un diá-